



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MÉXICO
SECRETARÍA DE GOBERNANZA UNIVERSITARIA
DIRECCIÓN DE HISTORIA, MEMORIA Y PERTENENCIA UNIVERSITARIA
COLEGIO DE CRONISTAS

“Frutos del esfuerzo de las generaciones de ayer Conversación entre un profesor y un estudiante de posgrado”

Facultad de Humanidades



M. en H. y C. Pedro Canales Guerrero
Cronista de la Facultad de Humanidades

AGOSTO de 2026



Dirección de
Historia, Memoria y
Pertenencia Universitaria



COMITÉ EDITORIAL, Colegio de Cronistas:

1. M. en A. E. Jesús Isaías Téllez Rojas
Escuela de Artes Escénicas
2. M. en Dis. María del Carmen García
Maza
Facultad de Artes
3. M. en A. S. Héctor Hernández Rosales
Facultad de Antropología
4. Arq. Jesús Trinidad Castañeda Arratia
Facultad de Arquitectura y Diseño
5. Dr. Bladimir Domínguez Villaseñor
Facultad de Ciencias
6. M en D. A. E. S. Andrés Virginio Morales
Osorio
Facultad de Ciencias Agrícolas
7. Mtra. Maricarmen Sandoval Rubio
Facultad de Ciencias Políticas y Sociales
8. Dr. Ignacio Morales Hernández
Facultad Ciencias de la Conducta
9. M. en A. E. Antonia Cordera Cárdenas
Facultad de Contaduría y Administración
10. Dra. en D. María de Lourdes Morales
Reynoso
Facultad de Derecho
11. Dr. en E. L. Emmanuel Moreno Rivera
Facultad de Economía
12. Dra. en C. en Ed. Vicenta Gómez
Martínez
Facultad Enfermería y Obstetricia
13. Dr. en Ed. Agustín Olmos Cruz
Facultad de Geografía
14. M. en H. y C. Pedro Canales Guerrero
Facultad de Humanidades
15. Dr. en Ing. Horacio Ramírez de Alba
Facultad de Ingeniería
16. Dra. En C. Ed. Yolanda Eugencia Balle
Facultad de Lenguas
17. Esp. en S. P. Juan Manuel Galván
Martínez
Facultad de Medicina
18. M. en C. Félix Salazar García
Facultad de Medicina Veterinaria y
Zootecnia
19. Dr. en Educ. Miguel Ángel Padilla Millán
Facultad de Odontología
20. Dra. en U. y R. Verónica Miranda Rosales
Facultad de Planeación Urbana y Regional
21. Dr. en C. Telesforo Jesús Morales Juárez
Facultad de Química
22. Dr. en E. T. Gerardo Novo Espinosa de
los Monteros
Facultad de Turismo y Gastronomía
23. Dr. en Hum. Daniel Roberto Peregrino
Rocha
Centro Universitario Amecameca
24. L. en D. Juan Manuel Ordoñez Suárez
Centro Universitario Atlacomulco
25. Dr. en C. F. Juan Pedro Benítez
Guadarrama
Centro Universitario Ecatepec
26. Dr. en Ed. Carlos Anaya Hernández
Centro Universitario Nezahualcóyotl
27. Dr. en I. A. C. y S Adhir Hipólito Álvarez
Centro Universitario Temascaltepec
28. Dr. en Arqueol. Rubén Nieto Hernández
Centro Universitario Tenancingo
29. Dra. en Ed. Norma González Paredes
Centro Universitario Texcoco
30. L. en P. S. Luis Bernardo Soto Casasola
Centro Universitario Valle de Chalco
31. M. en Adm. C. H. Nora Patricia Romo
García
Centro Universitario Valle de México
32. M. en C. Ed. Ma. del Consuelo Narváez
Guerrero
Centro Universitario Valle de Teotihuacán
33. Dr. en Soc. Gonzalo Alejandro Ramos
Centro Universitario UAEM Zumpango
34. DCCCA. Adriana Hernández Manrique
Unidad Académica Profesional Acolman
35. Lic. en D. Sonia Vanessa Silva Hernández
Unidad Académica Profesional
Chimalhuacán



36. Dra. en Ed. Karina González Roldán
Unidad Académica Profesional Cuautitlán
Izcalli
37. M. en I. T. E. Nancy Griselda Cabañas
Rodríguez
Unidad Académica Profesional
Huehuetoca
38. Dra. en C. Ana Lilia Flores Vázquez
Unidad Académica
Profesional Tianguistenco
39. Lic. en A. Rosa Esbeida Mejía Ugarte
Unidad Académica Profesional Tejupilco
40. L. en E. Guadalupe González Espinosa
Unidad Académica Profesional
Tlalnepantla
41. Lic. en Ant. Donají Reyes Espinosa
Plantel Lic. Adolfo López Mateos de la
Escuela Preparatoria
42. M. en E. L. Federico Martínez Gómez
Plantel “Nezahualcóyotl” de la Escuela
Preparatoria
43. M. en Hum. Jesús Josué Severo Sánchez
Plantel “Cuauhtémoc” de la Escuela
Preparatoria
44. M. en Hum. Ximena Torrecano Lecuona
Plantel “Ignacio Ramírez Calzada” de la
Escuela Preparatoria
45. Dra. en Ed. Julieta Jiménez Rodríguez
Plantel “Ángel María Garibay Kintana” de
la Escuela Preparatoria
46. Lic. en L. Cecilia Fuentes Guadarrama
Plantel “Ignacio Pichardo Pagaza” de la
Escuela Preparatoria
47. Dr. en C. Ed. Miguel Zavala López
Plantel “Sor Juana Inés de la Cruz” de la
Escuela Preparatoria
48. M. en C. E. Luis Alberto Garduño
Sánchez
Plantel “Isidro Fabela Alfaro “la Escuela
Preparatoria
49. M. en H. César Salazar Velázquez
Plantel “Pablo González Casanova” de la
Escuela Preparatoria
50. M. en Ed. Germán Méndez Santana
Plantel “Texcoco” de la Escuela
Preparatoria
51. Dr. en Ed. Alfredo Ángel Ramírez
Carbajal
Instituto de Estudios Sobre la Universidad
52. M. en G. D. César Alejandro Barrientos
López
Dirección de Cultura Física y Deporte
53. M. en S. P. Estela Ortiz Romo
Centro de Enseñanza de Lenguas
54. M. en A. T. Gabino Nava Bernal
Instituto de Ciencias Agropecuarias y
Rurales
55. Dra. en Ed. Irma Eugenia García López
Centro de Investigación Multidisciplinaria
en Educación

Corrector de estilo:

Lic. en H. Fabiola Ortega Trujillo

COMPILADORES:

M. en G. Lidia Alejandra González Becerril,
Directora de Historia, Memoria y Pertenencia
Universitaria

Lic. en C. Jonathan Yair Enríquez Zaragoza
Jefe del Departamento de Difusión de la
Dirección de Historia, Memoria y Pertenencia
Universitaria



Introducción

Mi abuelita mandó llamar a su hija de ocho años de edad, que se hallaba en esos días trabajando al lado de su padre en un rancho, por Coapa, en la ciudad de México. Mi abuelita Antonia Arenas Vega, estaba muriendo por no poder dar a luz. Hablando en otomí, le encomendó a mi mamá, María Alanís, hacerse cargo de su hermano Odilón, de nueve años, uno más que ella. En cambio, a su hermanita Natalia, de 6 años, la regalaron con una señora: la niña se encargaría de cuidar a dos gemelos de una familia en la ciudad de México, a cambio de alimentación, lo que terminaría con una violación y un embarazo que la regresaría a casa y la llevaría a la muerte años más tarde. Por encomienda de mi abuelita, desde su lecho de muerte, mamá, a sus ocho años, empezó a cocinar para papá, su tío y su propio hermano, además de atender todas las tareas del hogar. Tras pronunciar su encomienda, mi abuelita cerró los ojos para siempre. Mi mamá, niña en 1934, hoy de 99 años, vuelve a contarme con frecuencia ese momento que no ha dejado de causarle dolor y lágrimas. Todo esto cuenta Fermín, con ojos que vierten tristeza.¹

¹ Fermín, quien ha sido maestro de Historia en la Facultad de Humanidades (UAEMéx), hoy es estudiante de nuestro posgrado. Nació en Xonacatlán, en 1967, y ahí mismo estudió la primaria en el colegio Fernando Montes de Oca y el nivel medio en la Secundaria Oficial No. 91, Gustavo A. Vicencio. Cursó el nivel medio superior en el plantel “Cuauhtémoc” de la Escuela Preparatoria de la UAEM. Antes de estudiar Historia, cursó dos años de ingeniero químico en el Instituto Tecnológico Regional de Toluca. La licenciatura en Historia la cursó en la Facultad de Humanidades de la UAEM. Estudió en la UNAM una maestría en Historia y, actualmente, realiza una segunda tesis de maestría en la Facultad de Humanidades de la UAEM, sobre los trabajos y el mestizaje de la población de origen africano en la ciudad de Puebla (1655-1725). Ha trabajado durante 32 años como docente en primaria, preparatoria y universidad. En 2018, siendo



La niña, desde esa hora, cumplió su promesa. Esa niña, trabajadora por un simbólico jornal monetario sumado al de su padre, de repente, se volvió ama de casa, como muchas niñas mexicanas de esos años. El precio que pagaban las mujeres de todas las edades era mucho más alto que hoy. En nuestro México, muy pocas mujeres usaban huaraches, mucho menos zapatos, apenas tenían más de un vestido; eran las primeras en levantarse y las últimas en ir a dormir, y eso todos los días de su vida. El precio que pagó mi mamá –continúa Fermín–, incluyó no poder siquiera ir al catecismo de la iglesia, que estaba a una calle de su casa; por supuesto, tampoco a la escuela. No se sentía segura de hablar en español.

docente de preparatoria, obtuvo el Primer Lugar en el Concurso: *Maestros de 10*, en la categoría de Ensayo Literario, otorgado por el Gobierno del Estado de México y el Sindicato de Maestros al Servicio del Estado de México (SMSEM), Toluca, México, con el título: “Enseñar y aprender para trabajar. Maestros, oficiales y aprendices en la ciudad de San José de Toluca, 1601-1725”. Ha presentado más de veinte ponencias en congresos nacionales e internacionales sobre temas de historia regional que ha seguido investigando, sin el merecido apoyo financiero como investigador que, de hecho, es. Fue investigador asociado de El Colegio Mexiquense en el proyecto Usos y aprovechamiento del agua en el Estado de México, siglos XIX y XX. Se han publicado cinco de sus ponencia y las demás están en espera de publicarse, donde ha abordado, con base en documentos de archivo, temas de historia económica, social, demográfica y de arte sacro: actividad económica y producción agropecuaria en Lerma; producción y diezmos en Otumba a principios del siglo XIX; producción agropecuaria de haciendas y ranchos en Almoloya hacia el fin de la Colonia; padrino y compadrazgo en Otzolotepec colonial; manumisión de esclavos y familias afrodescendientes durante la época colonial en el valle de Toluca; integración y relaciones sociales de afrodescendientes en Otzolotepec, Santa María Atarasquillo y Lerma; la alimentación en la ciudad de Toluca colonial; niños expósitos y huérfanos en Otzolotepec colonial; médicos y boticarios en la época colonial; pintores, escultores y doradores en el valle de Toluca. Su tesis de licenciatura, galardonada como la mejor tesis de licenciatura a nivel nacional, también será publicada como libro, según establece el Reglamento Editorial de la Facultad de Humanidades para las tesis o investigaciones que han merecido algún reconocimiento nacional o internacional.



Dentro y fuera de casa hablaba otomí, porque casi todas las niñas, jóvenes y grandes amas de casa de su pueblo, cabecera municipal, hablaban otomí en el mercado donde se hacía más trueque que compra-venta en moneda. Xonacatlán se halla a unos 20 kilómetros de la capital del Estado de México y a menos de 50 de la ciudad capital de México, pero sólo contaba con escuela primaria, limitada a tres grados escolares, a donde mi papá tampoco asistió –cuenta Fermín–: mis padres no aprendieron a leer ni a escribir, pero supieron labrar la tierra y el futuro honrado de sus hijos. Sabían leer las nubes, el ciclo agrícola y todas las plantas curativas del campo, entender a los animales de corral, gallinas o cerdos, obtener del río y de los humedales frutos, pescados y ranas que cenábamos con frecuencia, antes de 1975, cuando todavía el río Lerma y sus afluentes eran fuente de vida.

Mis papás no quisieron que yo aprendiera el otomí: no lo hablo ni lo escribo, aunque lo entiendo. Me dijeron que no querían que se burlaran de mí, que yo tenía que ir a la escuela, aprender a leer y escribir en español. Me aseguraban que yo llegaría un día a inscribirme en la preparatoria de la UAEM, en Toluca, y seguir estudiando. Lo logré gracias al trabajo de mis padres, a sus sacrificios materiales. Mis hermanos mayores sí aprendieron otomí pero sólo estudiaron la primaria. Yo soy el penúltimo hijo de 14 hermanos. Seis murieron pequeños. Mi hermana, más pequeña que yo, murió de sarampión cuando los dos caímos enfermos en 1972: todavía la recuerdo en su cajita blanca antes de que la llevaran al panteón, yo tenía 5 años. Mis hermanos grandes decían que yo tuve la culpa de su muerte y eso me duele aún.



Otros hermanos mayores fallecieron antes de que yo naciera; no sé de qué murieron. Unos muy pequeños, casi recién nacidos, me cuenta mi mamá; otros, ya de tres o cuatro años, de alguna infección, seguramente: no había médicos en mi pueblo, ni siquiera parteras. Mi mamá nos dio a luz a todos, a los catorce, en casa, sin ayuda de nadie: tuvo más suerte que su madre, quien murió al cuarto parto, en 1934.

¿Qué hice sacrificios yo para estudiar? Sí, muy pocos en comparación con los de mis padres, con sus trabajos y sus privaciones por mí. Vi a mi mamá remendar sus zapatos, su delantal, su vestido, con tal de tener el dinero para mis cuadernos y para el pasaje. Papá y mamá siempre lucharon juntos por sus hijos.

Mi papá iba a México a trabajar en una ladrillera, por lo que enfermó gravemente de los pulmones, por las altas temperaturas a que se exponía en los hornos; entonces, mi mamá fue a trabajar haciendo tabiques muy de mañana y cargando a sus hijos pequeños al tiempo que vendía alimentos en el barrio de la ladrillera. Al crecer la familia, decidieron regresar al pueblo a sobrevivir como campesinos, mi madre vendiendo productos por los pueblos de Lerma y mi padre ofreciendo su trabajo en el tiempo que la tierra le dejaba libre.

Mi papá trabajaba como jardinero y *factotum* en la escuela de religiosas donde estudié; con su trabajo pagó los seis años de mi primaria. Después de las clases, si yo terminaba la tarea antes que dejaran salir a mi papá, él me encomendaba adelantarme. Llegaba a casa, me quitaba los zapatos para no desgastarlos y cumplía mi segunda tarea: darle de comer a las aves de corral, lavar los chiqueros y darles de comer a los cerdos.



Ya después era hora de comer; mi hermana Maribel nos servía a los hermanos y a papá. Mi mamá, para ayudar a la economía familiar, iba a vender comestibles por los pueblos de Lerma. Después de la primaria les dije a mis papás que no quería ir a la secundaria, porque mis primos contaban que los maestros les pegaban a los niños. Pero mis papás me animaron diciendo que los maestros no me castigarían porque yo era estudioso y bien portado. Así fue, nunca me pegaron mis maestros en secundaria.

Finalmente, en 1983, pude ingresar a la prepa 3 de la UAEM. Ahí tuve algunos problemillas. Mis compañeros de la ciudad nos menospreciaban, nos discriminaban a quienes llegábamos diario de los pueblos, donde nuestros papás hacían el sacrificio de darnos para el pasaje, justo para el pasaje, no para refrescos ni para fiestas con otras bebidas. A pesar de ello, yo fui siempre amigable con mis compañeros, incluso les ayudaba a estudiar en las materias difíciles, física, química, matemáticas.

Esto favoreció que me invitaran a sentarme en el salón con su *banda* en las últimas filas, hasta un día que casi me expulsan porque ellos le lanzaron objetos a un maestro que escribía en el pizarrón. Logré que el autor de la ofensa confesara ser responsable, igual que lo había logrado una vez en la secundaria, cuando un compañero le quemó el cabello a una niña sentada delante de nosotros. No volví a sentarme con ellos.

Fui alumno de primera fila pero seguí ayudándole a estudiar a quien me lo pidiera. En la Facultad de Humanidades ya tuve menos aventuras de éstas. Hubo otras, pero antes debo contar qué pasó con mi primera vocación, pues pude ingresar al Instituto Tecnológico Regional de Toluca.



Ahí estudié dos años para ingeniero químico, donde obtuve buenas calificaciones, como en la prepa. Pero empezaban requerimientos de material oneroso, y yo decidí que no pediría más sacrificios y privaciones a mis papás; además, debía yo pasar casi doce horas fuera de mi casa por el horario discontinuo, con sólo el dinero para el pasaje, sin recursos para comer.

Entonces, decidí cambiar de carrera, a mi segunda vocación, aventura de la que no me arrepiento. Una amiga me decía que podíamos entrar a Derecho, pero había que venir a pernoctar tres días a fin de obtener la ficha para el examen de ingreso si queríamos buscar la oportunidad. Yo había decidido ya, que estudiaría Historia en la Facultad de Humanidades, pues en la escuela preparatoria me había gustado la pasión con que el maestro Fernando Díaz Reynoso nos impartía la clase.

Así, ingresé a la carrera donde debía asistir con el mismo presupuesto de antes: el dinero suficiente, ni más ni menos, para el pasaje. Lograba completar mi ingreso para pagar las fotocopias necesarias dando asesoría a mis compañeros, dispuestos a recompensar mi apoyo en sus tareas. No hice muchos amigos, propiamente hablando, porque a la mayoría no les gustaba estudiar tanto como a mí: pasaba en la biblioteca todas las horas disponibles. El profesor Jaime Collazo, en paz descansa, tanto como otros maestros, me prestaban libros para estudiar en casa, libros que religiosamente siempre les regresé. Me vienen a la mente dos maestras, una de las cuales mejoraba las calificaciones, según me comentó una compañera, a cambio de algún regalito: comprendí entonces por qué mi compañera obtenía mejor calificación que yo.



Otra profesora era muy exigente y hacía hincapié a los alumnos en la importancia de consultar en el diccionario el sentido de las palabras que usábamos al exponer, lo cual debía alejarnos, con razón, de la simple repetición memorística. Más tarde comprendí que, además, las palabras definidas por los científicos especializados permiten comprender, primero, explicar con rigor, después, la realidad histórica social. Esta misma maestra no me calificó un trabajo, a pesar de mi reclamo, como creí merecer, pero me sorprendió ver mi trabajo publicado con su nombre un tiempo después.

Con el paso del tiempo, sufrí otro plagio por una segunda profesora. Más tarde, ya como docente, Fermín sufrió la injusticia de perder horas de clase porque el director necesitaba asignarlas a su hija. Pero, regresando a mis recuerdos –dijo Fermín sin amargura, sin dar importancia alguna a lo que acababa de contarme, sin darme nombres–, puedo decirte que no tenía chamarra ni zapatos en buen estado para protegerme del frío o de la lluvia en mi viaje diario de ida y vuelta de Xonacatlán a Toluca. Pero todo iba valiendo la pena.

Mi gran gusto fue cuando pude trabajar, aunque por ello tuve que interrumpir la carrera un año: pude ayudar a mis papás con dinero para el trabajo de la milpa. Trabajé en el IFE, ahora INE, hasta que decidí regresar a la carrera y trabajar en INEGI, de tres de la tarde a once de la noche; después de esa hora, a leer y hacer tareas.



Para la tesis, terminé mi trabajo de archivo recopilando a mano, en la Notaría número 1 de Toluca, en la parroquia del Sagrario de Toluca y en la catedral de México, una ingente cantidad de precios de granos, animales y otros productos, pagados como diezmo a la iglesia durante la segunda mitad del siglo XVII. Con esa información, mi asesora me aconsejó hacer un catálogo y titularme con ello.

Como eso no me habría dejado satisfecho, decidí leer el libro que había yo descubierto en la bibliografía de una clase y hablaba de precios del maíz en la ciudad de México durante el siglo XVIII, escrito por un autor muy reconocido, Enrique Florescano. Lo leí atentamente y, entonces, pensé en realizar paso a paso el mismo análisis estadístico que dicho autor había llevado a cabo. Por supuesto, en esos años casi nadie tenía computadora –yo, tampoco–. La Facultad contaba con una sala de cómputo, no más de una docena de computadoras, para unos 500 estudiantes: las computadoras de la Universidad aún no tenían acceso a Internet. Había que capturar la información en una base de datos que finalmente ocupó más 300 mil celdas, luego, ordenarla, hacer gráficas, analizarla a partir de la historia económica publicada sobre el tema de diezmos. La sala de cómputo se abría a las 7 de la mañana y cerraba a las 7 de la noche. Ahí estuve puntualmente durante más de un año, todos los días de la semana, lunes a viernes, a la hora que el profesor Roberto Sverdrup abría la sala. Era yo el último en salir.



Después del análisis estadístico, inicié la redacción del resultado de mi análisis histórico: más de 200 páginas, cuatro capítulos. Este esfuerzo, otra vez con el apoyo de mis padres que aceptaron seguir pagándome el pasaje, dio frutos que no había imaginado. A mis sinodales les gustó mi trabajo, sólo me pidieron hacer algunos ajustes. Pero fue Roberto Sverdrup quien me dijo que presentara mi trabajo en el concurso de tesis más exigente e importante de México: el de la Fundación Atanasio G. Saravia, VIII Concurso de Historia Regional Mexicana, 1999, convocado por el Centro Cultural Banamex. Lo hice sin mucha esperanza de obtener algo, sólo pensando que nada podía perder. Unos días después, recibí un telegrama –no existían los celulares ni había teléfono en mi casa–, que me convocaba a la entrega de reconocimientos. No podía creerlo: me otorgaban el primer lugar nacional, entre las tesis de licenciatura en Historia que se habían presentado.

Hoy, desde hace 15 años, Fermín dedica a su mamá todos los días del año, todo el tiempo que puede, más que sus hermanas y hermanos: está pendiente de cada necesidad de ella: alimentarla, vestirla, enjugar sus lágrimas, acompañar su sonrisa y sus recuerdos, su dolor, día y noche. Y Fermín, como desde siempre, sigue robando horas al sueño para leer sin pausa, capturar información documental disponible en Internet para seguir investigando, preparar ponencias o clases, redactar su tesis, para sustentarla con éxito el año entrante, un nuevo regalo a su mamá que cumple cien años.² La maestría le abrirá la puerta al doctorado y al reconocimiento del Sistema Nacional de Investigadores.

² Para su tesis de maestría, como lo hacen los estudiantes responsables y comprometidos de hoy, para comprender, aplicar y producir nuevos conocimientos, Fermín ha recopilado



Historias de vida como ésta, llenas de trabajo y esfuerzo de generaciones de ayer, siguen siendo realidad entre algunas familias de alumnos de nuestra Universidad, que cumple su misión ofreciendo oportunidades de movilidad social para todos.

información de sus fuentes primarias desde hace algunos meses y sigue recuperando más datos e historiografía de páginas web disponibles, como no era posible hacerlo para su tesis de licenciatura. Pensando en su mamá, ya sufre por lo que le preocupan sus necesarias ausencias para viajar a Puebla a consultar más archivos históricos de manera personal. No ha habido para él el espacio que merece como investigador y profesor en su *alma mater*: deseo que lo tenga algún día, a pesar de que los presupuestos se hayan reducido a lo largo de los últimos años.



Universidad Autónoma del Estado de México

***“2026, Conmemoración del Ingreso de la Científica y Académica
Elena Cárdenas Guerrero al Instituto Científico y Literario”***



Dirección de
**Historia, Memoria y
Pertenencia Universitaria**

